

SOLEDAD AMORES, DE ALBERTO OMAR WALLS

Por Rafael Fernández Hernández,
Prof. Titular de la Universidad de La Laguna

Con un tono que no renuncia jamás a ser zumbón pero sí trágico –esos dos ingredientes tan próximos en la narrativa de Alberto de Omar desde *La canción del morrocoyo*, en 1972– se inicia así el perfil de la ludópata Miriam:

«Las máquinas tragaperras la habían arruinado más de una vez destartalándole su insegura economía familiar. Cuando se descubría desesperada en la trampa de haberse quedado sin dinero, metía sus temblorosas manos dentro del bolso queriendo experimentar el milagro de hallar una sola moneda que hubiera depositado algún santo de los muchos del calendario».

Y en mi opinión éste es el arranque de las mejores 102 páginas escritas por nuestro autor, ante las que el lector queda totalmente atrapado o entregado en el juego de complicidades que se le ofrece, tal como ocurre con los amores de sus personajes, páginas que comprenden también el primer capítulo de *Soledad Amores*, la última entrega narrativa de Alberto Omar que ve ahora la luz en Ediciones Baile del Sol¹.

¹ El autor del presente trabajo, el profesor y crítico Rafael Fernández Hernández, alude aquí a la primera edición de *Soledad Amores*. La segunda edición tenía lugar con la editorial Ediciones Idea.

Decía hace años que lo característico en Omar es la feracidad estilística, mostrada siempre por encima de la fabulación y del arte compositivo. La tendencia de su narrativa, en las tres etapas que jalonan su obra, esto es, la década de 1970 con *La canción del morrocoyo*, la de 1980 con *Llanto de los caballos de Aquiles* (1982) y *El tiempo lento de Cecilia Hipólito* (1986) y la de 1990, con *El unicornio dorado* (1991) y otros relatos ha sido ir a la búsqueda de ese equilibrio, pero es ahora en esta ulterior etapa de 2000 cuando Omar ha encontrado un lenguaje, no ya propio y diferenciador entre los novelistas canarios del «boom» de los setenta, que siempre lo ha tenido, sino distante de las primeras propuestas en que la parodia comulgaba con la tragedia y el absurdo transpiraba en los sueños y en la realidad de sus personajes. De aquellos ingredientes con que cocinaba su original literatura, como la ternura, la crueldad o el sentido aciago, ahora despunta el afecto tierno y el amor en medio de un universo en el que pululan seres ambiguos y proteicos, la desgracia junto a la felicidad.

Si tuviéramos que explicar con palabras sencillas qué representa *Soledad Amores*, diríamos que es una historia novelada en donde el autor pretende mostrar la vida misma. Digo historia novelada porque los personajes se encuentran sumergidos en unas circunstancias tan reales y cotidianas que no se acercan en absoluto a ese lado de la ficción que puedan tener algunos personajes de novela. Sin ninguna duda, estos seres de Alberto Omar tienen un signo trágico y, por tanto, son víctimas de un destino azaroso cuya existencia es producto de una sociedad llena de prejuicios e hipócrita. Es ésta una novela en la que el autor pretende dar salida a esos sentimientos íntimos, mostrados al lector por la vía de la introspección, que se agitan en el dolor, la soledad y las debilidades morales para los que la principal medicina serán la **ternura** y el **afecto**. Alberto Omar ha tenido que hacer un gran esfuerzo para buscar

en la propia psiquis las diferentes personalidades de los personajes mediante la confesión y el diálogo hábil, procedimiento que da al relato una mayor complejidad y complicación, pero cuyo resultado narrativo llega al lector atemperado por una escritura ágil y transparente, unas descripciones precisas y sugestivas.

El libro está dividido en cuatro capítulos: 1. Desterrar la duda y el dolor. 2. Las voces de los herejes. 3. El llanto del simio. 4. Ese largo día de Marta. En cada capítulo, Alberto Omar se apoya en algunas citas para insinuar una explicación, o, más bien, ofrecer al lector alguna pista para la comprensión del capítulo y de la obra en su conjunto.

¿Qué destacaríamos en cada uno de ellos?

Ya **EN EL PRIMER CAPÍTULO** aparecen tres de los personajes centrales de la obra: Miriam, Carlos y Emenea. Miriam, al aceptar su enfermedad **-ludopatía-** y verse como en un espejo consumida por la impotencia, llega al dolor psíquico a través del dolor físico.

Es este dolor el que la ayuda a establecer una relación afectiva con Carlos. El dolor es como un volcán en erupción que ayuda a sacar los pensamientos más íntimos para sentir alivio y consuelo.

EN EL SEGUNDO CAPÍTULO el autor va graduando la relación y las confesiones de los personajes. Así, Emenea invita a Miriam a conocer a sus amigos los herejes, pertenecientes a la marginalidad social, quienes van contando sus historias, lo que permite ofrecer una polifonía o diversidad de puntos de vista sobre el objeto narrativo. Bajo cuerpos de mujer, se esconden hombres y viceversa. La ambigüedad señorea en las páginas, también la recusación, la indiferencia, etc. Dominan las relaciones sexuales insatisfechas y los diálogos marcados por la búsqueda del yo y por cómo se pueden situar en un mundo en donde no tienen cabida Gigi, Luisón, José Luis, Juan Vicente, Amparo, etc.

EN EL TERCER CAPÍTULO brilla nuevamente la habilidad descriptiva de Alberto Omar, ahora a propósito de la cena que preparan Miriam y Carlos para sus amigos. El autor cuida hasta el mínimo detalle descriptivo de todo aquello en lo que se posan sus ojos: vajilla, cubertería, cristalería, manteles, vinos, etc.

Alberto Omar abre **EL CUARTO CAPÍTULO** con una cita de San Francisco de Asís que encaja perfectamente con lo que quiere lograr al final de la novela. Él está pensando en todo momento en obtener la **redención**. Cree que «en esta vida si damos recibimos, si perdonamos seremos perdonados y es en el morir que nacemos a la vida eterna». También cita a Sören Kierkegaard: «El presente estado del mundo y de la totalidad de la vida es la enfermedad...». También encaja con su objetivo.

En las últimas páginas, la narración se nos muestra, entonces, como una confesión necesaria para expurgar el mundo interior. Pero retomemos los distintos capítulos ya enunciados para hacerles un seguimiento un tanto más detenido:

1. DESTERRAR LA DUDA Y EL DOLOR

En este primer capítulo se plantea parte de la segunda parte porque a lo largo de la obra van apareciendo los personajes. Aquí sólo aparecen tres de ellos que van a servir de nexos para la aparición de los otros.

Si hubiéramos de resumir el argumento, diríamos que una joven, Miriam, de 28 años, recién cobrada la paga del mes, se la gasta íntegramente en una máquina tragaperras en un bar de La Laguna. El autor describe con gran habilidad y precisión no sólo el ambiente lagunero [«La Laguna era muy bella y le inspiraba al ciudadano una peculiar calma, que también era cautivadora y...universitaria»], sino que se sumerge en los sentimientos y reacciones de Miriam ante la impotencia de su **ludopatía**. Conoce a Carlos, un señor que la aborda en un

banco de la plaza de la Catedral mientras ella permanecía sentada para calmar su enfermedad. Con un juego de palabras y confusión Carlos se le acerca y le pregunta «¿Cuánto?» y ella contesta «Trescientas monedas». A partir de aquí se desarrolla la trama. Él la invita a subir al coche y mientras la pasea por las calles de La Laguna le cuenta un poco su vida y decide, una vez roto la primera indecisión de la nueva relación, realizar el intercambio sexual. Miriam se queda atónita, pues en ningún momento imagina que lo que pretendía Carlos fuera comprar su cuerpo.

Aquí el autor ha jugado con astucia y viveza y se ha nutrido de esta situación tan ambigua para adentrarse en los sentimientos más profundos del ser humano. Miriam, al aceptar su enfermedad y verse como en un espejo consumida por la impotencia, llega al dolor psíquico a través del dolor físico. Afectada por los maltratos de que le propina su compañero a causa de esta psicopatía llega a sentir el dolor psíquico que aumenta al darse cuenta que una vez más es utilizada, quizá por su inocencia e ingenuidad. Miriam está destruida por el dolor. Es este dolor el que la ayuda a establecer una relación afectiva con Carlos, pues sin conocerlo de nada llegan a la intimidad sin apenas darse cuenta. El dolor es como un volcán en erupción que ayuda a sacar los pensamientos más íntimos para sentir alivio y, sobre todo, permite que mientras se va escuchando despeje todas las dudas que desde hacía tiempo la atenazaban.

El autor va creando un baile de sentimientos que se establecen entre las dos personas desde el odio, la ternura, el maltrato, la incertidumbre, la enfermedad, el dolor, la impotencia, el miedo, la duda, etc., para llegar a una explosión de cuerpo a cuerpo, cuyo único fin es el alivio, que más adelante generará amor a través de la ternura.

Miriam terminará en la casa de Carlos totalmente entregada y se quedará a vivir con él por un impulso de necesidad de ser comprendida y aceptada. Esta aceptación no es

tal, pues Carlos por miedo no la deja salir a la calle. Aquí Alberto Omar juega con los diferentes miedos: miedo a no ser amada, miedo a que vean a Miriam con Carlos, ya que ¿ella es una mujer casada?. Miedo de Miriam a no ser aceptada por su familia. Miedo a ser maltratada. Miedo al dolor psicológico que siente por volver a ser rechazada; y, en fin, también actúan todos los miedos que surgen o se vuelven a revivir en situaciones completamente diferentes. Este sentimiento la lleva a ¿un intento de suicidio? que Carlos intuye y, al cabo, logra neutralizarlo salvándola.

Es aquí cuando empieza a nacer el agradecimiento y el afecto íntimo que los lleva a seguir atados para siempre.

En este capítulo aparece al final otro personaje, Emenea, una prostituta que es vecina de Carlos y que un buen día le pide ayuda a Miriam porque han entrado en su casa y le han escrito las paredes con excrementos. Miriam la ayuda a limpiarlas y se establece una relación amistosa que les lleva a ambas a abrirse anímicamente como mujeres. ¿Se intuye una relación casi lésbica entre ellas?, aunque parece que no es así.

Como puede observarse, la trama es complicada hasta cierto punto, aunque siempre está en juego la ambigüedad, rasgo que puede observarse en que Emenea confiesa más adelante que Carlos la dejó plantada en el altar porque el día de la boda la encontró haciendo el amor con un primo de él, invitado a la boda.

Las situaciones que crea el autor son desconcertantes; casi llegan al absurdo, pero en definitiva lo que hace es jugar con la realidad para quizá averiguar cómo somos en realidad y, al cabo, ofrecer una posible explicación.

En el transcurso del relato, Miriam se va enamorando poco a poco de Carlos hasta que a éste le da un infarto [elemento biográfico de Alberto Omar], lo que hace que vea la vida con otros ojos. Aquí se observa que el que habla es el autor por su propia experiencia y pone en boca de Carlos los

sentimientos de angustia, de miedo y de cambio que hace que él esté decidido a volcarse en el amor. Y a vivir cada segundo de su vida al máximo.

2. LAS VOCES DE LOS HEREJES

Ahora Carlos se encuentra en el Hospital. Emenea y Miriam se refugian la una en la otra, se van conociendo cada vez más a través de confesiones, de confidencias. En estos relatos se observa siempre el temor, lo que sirve y actúa de terapia para superar todas aquellas situaciones difíciles que han ido viviendo a lo largo de sus vidas.

Un día Emenea invita a Miriam a salir a un pub para celebrar su cumpleaños y para que conozca a su grupo de amigos. A lo largo de este capítulo aparece una serie de personajes, todos amigos de Emenea, quienes van contando sus historias, lo que permite ofrecer una polifonía o diversidad de puntos de vista sobre el objeto narrativo. Todos estos personajes se caracterizan por ser marginales, no sólo frente a la sociedad sino frente a sí mismos.

Este capítulo podríamos calificarlo de tremendista, casi de terrorífico. Bajo cuerpos de mujer, se esconden hombres y viceversa. La ambigüedad señorea en sus páginas, también la no aceptación, la incompreensión, etc. Dominan las relaciones sexuales insatisfechas y los diálogos marcados por la búsqueda del yo y por cómo se pueden situar en un mundo en donde no tienen cabida Gigí, Luisón, José Luis, Juan Vicente, Amparo, etc.

Marta y [Adán Janumana] **Parsifal** van a ser los personajes elegidos por el autor para el desenlace de su obra. Quizá porque **Marta** resultará ser un hombre y **Parsifal** un bisexual con tendencias predominantemente homosexuales. Ellos no comprenden ni de dónde vienen ni adónde van. Las vidas de los personajes anteriores están marcadas por sus profesiones y por sus debilidades: poetas, intelectuales,

prostitutas, homosexuales, transexuales, bisexuales, etc. Luchan siempre por comprender y ser comprendidos.

3. EL LLANTO DEL SIMIO

Se acaba la fiesta, se conocen y cada uno vuelve a su vida cotidiana. En este capítulo, **Carlos** regresa del hospital totalmente decidido a amar y a querer para toda la vida a **Miriam**. Ésta le promete no dejarle nunca y le comunica que está embarazada. Establecen unas normas de convivencia y deciden unirse para siempre. Ella se adapta totalmente a una nueva vida y transcurre el tiempo. Deciden presentarse a los amigos y preparan una cena en su casa, adonde van todos los «herejes», los personajes del capítulo anterior, y dos amigos íntimos de Carlos por su profesión (del mundo audiovisual). **Miriam** prepara la cena y Carlos la mesa. Las descripciones de los platos, vajillas, cubertería, cristalería, manteles, vinos tienen mucho que ver con el mundo femenino.

Se sientan a la mesa y comienzan a conversar de lo divino y de lo humano. Se aprecia cómo las parejas se van forjando a lo largo de los años a base de voluntad y de grandes renunciaciones. Una vez avanzada la fiesta, **Miriam** se pone de parto y da a luz en la casa. Después de todo este revuelo del alumbramiento, concluye el capítulo.

4. ESE LARGO DÍA DE MARTA

Alberto Omar empieza con una cita de San Francisco de Asís que encaja perfectamente con lo que quiere conseguir al final de la novela. Él está pensando en todo momento en conseguir la **redención**. Cree que «en esta vida si damos recibimos, si perdonamos seremos perdonados y es en el morir que nacemos a la vida eterna». También cita a Sören Kierkegaard: «El presente estado del mundo y de la totalidad de la vida es la enfermedad...». También encaja con su objetivo.

En cada capítulo, Alberto Omar se apoya en algunas citas para darle explicación, o, más bien, darnos alguna pista.

En este último capítulo, **Marta** (la mujer hombre) coge un taxi al salir del trabajo y el taxista es **Adán Janumana Parsifal**. Ella no se da cuenta hasta que él se lo dice. En Santa Cruz llueve mucho y **Marta**, que se encuentra triste porque ha encontrado a su novio en la cama con otro, decide dar vueltas en el taxi sin destino alguno. Mientras tanto **Parsifal** y **Marta** inician una conversación que les hace parar en una tasquita a tomar algo y así seguir contándose sus vidas. Allí **Parsifal** le dice que es homosexual y que su amante es un profesor y que él es filósofo y que conduce un taxi. Poco a poco, a medida que hablan **Marta** se va enamorando de **Parsifal** y están juntos más de 24 horas. En eso, **Miriam**, amiga de **Marta**, se preocupa y decide ir a la casa de ella para ver cómo se encuentra y se topa con los dos allí. Se sientan y siguen hablando. Entablan un diálogo sobre distintos aspectos: sobre los miedos hasta que llegan a la conclusión que sólo son pensamientos y que uno puede liberarse de ellos; sobre la felicidad, de la que piensan que está en uno mismo; sobre la paz interior; sobre el amor, que es «el mejor antídoto contra los miedos y las dudas». Para ellos no existe otro propósito en la vida que el darse transformado en amor, así como dejar a un lado el sufrimiento para perdonar y olvidarse de lo padecido. Hay, asimismo, que gozar de la vida (*carpe diem*), entregándose uno a ella.

Tanto **Marta** como **Miriam** preguntan incesantemente y **Parsifal** les va contestando y les insiste en que lo primero que debe hacerse es aceptarse a sí mismo, enamorarse de sí mismo, **buscando antes que nada la verdad**.

Parsifal se despide y les dice que no se volverán a ver en 100 o en 200 años. Al final llegan a la conclusión de que es un personaje divino.

Después de esta conversación las cosas empiezan a cambiar y **Marta** le dice a **Miriam** «Llámame José... ¿Sabías

que me bautizaron **José de Santa Marta de la Soledad Amores?**». Aquí, en la última página, es cuando se entiende el título de la obra. Es un acto de aceptación del yo, un cambio radical de vida.

A uno le da la impresión que Alberto Omar escribe esta novela para dar respuestas a su vida. Casi todos los personajes tienen características que podrían corresponder con el autor y con su entorno.

La narración aparece, entonces, como una confesión necesaria para expurgar el mundo interior. Los miedos son menos miedos y se llega así a aceptarlos con más naturalidad. Como ha dicho en estos días Gonzalo Rojas en su discurso de la entrega del Premio Cervantes: «Hay que mirar hacia atrás al mismo tiempo y no tenerle miedo al miedo». El autor chileno cita a Eliot cuando dice «Te mostraré el miedo en un puñado de polvo». ¿Es esto lo que ha pretendido encerrar Alberto Omar en su *Soledad Amores*.